LA ESCUELA DE SABIDURIA DE JUAN DE MAIRENA

En 1896, y adelantándose notablemente a Keyserling, Juan de Mairena decidió fundar en Sevilla una Escuela Popular de Sabiduría Superior. En realidad, la única concomitancia básica sobre las ideas de Mairena y las del elegante conde de Keyserling era la de producir un tipo de enseñanza del que estaban excluidos justamente todos los saberes especializados y concretos en favor de una «sabiduría» superior que los contemplase desde lo alto y que en algún grado ayudase a vivir. Pero mientras Keyserling tendía a que esa sabiduría fuese un nuevo y elevado adorno intelectual, Mairena trataba de remover todos los cimientos de la personalidad y de edificar un hombre nuevo, quizá escéptico, pero sin falsías enranciadas en las que atrincherarse. Extremando las cosas, podríamos decir que la escuela de Keyserling era un dulce y aristocrático paseo por un ficticio jardín orientalizante (semejante a muchos de los actuales contactos europeos con el Zen), mientras que la de Mairena era una aventura trágica y popular, incluso proletaria. Keyserling tuvo noticia del intento de Mairena —no sabemos hasta qué punto— a través de Ortega y Gasset, si bien parece que Ortega le informó sólo de los aspectos más estrictamente intelectuales de la empresa, eludiendo los más humanos y sociales, en los que quizá radicaba su mayor originalidad.

Es sabido que la Escuela Popular de Mairena no llegó a funcionar. Pero los materiales de que hoy disponemos nos permiten no sólo historiar la gestación de su empresa, sino valorarla con detalle (1).

---

(1) Para esta reconstrucción son imprescindibles tres libros, de valor desigual y discutible, pero en los que se aportan, a veces caóticamente y con escaso mérito, los datos esenciales: CRUELLS, Vicente: «Personajes de la Sevilla finisecular», ediciones El Corrillo, Sevilla, 1969; SALAS VARELA, Eusebio: «La prensa sevillana y los movimientos intelectuales entre 1870 y 1900, ediciones de la Excma. Diputación, Sevilla, 1972; y CRIADO, Samuel: «Las ideas pedagógicas de Abel Martín», ed. del autor, Sevilla, 1972.

No se ha hecho todavía el debido hincapié en la influencia que sobre Juan de Mairena ejerció el profesor de Filosofía sevillano Abel Martín (1840-1898). Mairena, muy joven, recibió el tremendo impacto de la enseñanza de aquel Sócrates andaluz, que era capaz de simultanear sus interminables charlas de café con la producción de tratados de una metafísica singular y pintoresca, como su monumental, confuso y sin embargo interesantísimo mamotreto *Sobre la esencial heterogeneidad del ser,* que publicó a su costa, que apenas vendió y que pagó a pellizcos a un impresor de Sevilla, que cometió, en las mil ochocientas páginas del libro (divididas en cuatro volúmenes), cinco mil erratas. (Eso decía, al menos, el autor.) El impresor debió hacer sólo doscientos ejemplares, y la obra es hoy rarísima y casi inencontrable. El bibliófilo cordobés Rafael de los Santos posee un ejemplar (descabalado, pues falta el volumen segundo), y otro (éste completo) poseía el erudito sevillano Samuel Criado, que falleció hace dos años y cuya espléndida biblioteca parece que está en trance de dispersarse (2). Abel Martín fue a Mairena lo que Sócrates a Platón: una mina inagotable de ideas y sugerencias que, no obstante su valor intrínseco y absoluto, despertaban en el segundo un irresistible deseo de reelaboración. Esta patológica identificación —que es la más profunda, y no la necia repetición por el discípulo de las ideas del maestro— impide a los exegetas una neta diferenciación de lo socrático y de lo platónico, y por la misma razón, de lo abélico y lo mairénico. El citado Samuel Criado, por ejemplo, atribuye a Abel Martín ideas pedagógicas inequívocamente mairénicas. Y, por el contrario, en un libro cuyo autor nos merece todo género de respetos y que constituye en otros aspectos una investigación ejemplar (3), se omite casi por completo a Abel Martín.

Para nuestro objeto, nos importa saber en qué medida Abel Martín fue el promotor de la Escuela Popular. Dos ideas de Martín, clara y extensamente expuestas en *Sobre la esencial heterogeneidad del ser,* han pasado, evidentemente, al proyecto de Mairena.

La primera (4) es la de la *heterogeneidad* que da título al libro. No vamos a exponerla aquí por entero (5), sino solamente en su vertiente pedagógica. Si el ser humano sólo encuentra su completa realización

(2) Dio la voz de alarma el periodista sevillano Fernando Lanuza en su artículo «Una obligación y un deber», en «El Correo de Andalucía», del 9 de enero de 1975.

(3) ROJAS PASTOR, Herminio: «Kant en España», ed. Corbellá, Barcelona, 1961.

(4) Vol. I, pp. 225-279; vol. II, pp. 104-111; vol. IV, pp. 360-448.

(5) El lector interesado puede encontrar una exposición (incompleta pero aceptable) de la idea de «heterogeneidad» de Abel Martín en: MARTINEZ COLINA, Ricardo: «Una ontología idealista en España», ed. Torredo, México, 1956.

asumiendo la otredad, la única pedagogía profunda y válida será la que despierte y desarrolle esa asunción. Para Martín, la acumulación de saberes parciales y especializados contribuye, en general, a oscurecer esa otra cara del yo sin la cual seremos siempre incompletos. Pues cada nueva suma de conocimientos es un refuerzo de nuestra falaz personalidad unirrostra, y elude más y más la necesidad esencial de desarrollar nuestro rostro oculto. No es, por supuesto, que nuestro rostro oculto sea más importante que el manifiesto; lo importante es que asimilemos explícitamente *todos* nuestros rostros, pues si nos empeñamos en quedarnos con uno solo, éste se convertirá en máscara. La lucha contra la máscara es postulado pedagógico básico de la Escuela Popular de Mairena.

La otra idea de Abel Martín que pasa íntegra a la empresa mairénica (6) es la de la definición del trabajo superior. Dice Martín: *Una sana concepción del trabajo será siempre la de una actividad marginal de carácter más o menos cinético, a la vera y al servicio de las actividades específicamente humanas: atención, reflexión, especulación, contemplación admirativa, etc., que son actividades esencialmente quietistas, o, dicho más modestamente, sedentarias.* Es decir, todo lo que habitualmente entendemos por «trabajo» no es, en el fondo, sino una actividad marginal caracterizada por un rasgo un tanto ridículo: el movimiento. El hombre, trabajando, se mueve frenéticamente, y en ese movimiento de hormiguero cree encontrar, a través de cierta eficacia funcional, una justificación profunda. Sin embargo, esto es un puro espejismo. El *homo faber* es una pobre maquinilla histérica que cree hacer algo útil y humano. Y ni es útil (porque se trata en general de satisfacer necesidades provocadas artificialmente y de las que se podría prescindir) ni es humano, porque el *homunculus mobilis* (como dice Martín) traiciona profundamente lo específicamente humano al convertirse de semoviente en *proyectil;* es decir, de ser que se mueve por sí mismo (humano) a ser que es movido por resortes e impulsos exteriores (mecánico). Sin duda, Abel Martín hubiera empleado la palabra *robot* si hubiera estado disponible en su época (7). El auténtico trabajo humano es mirar, captar, pensar. Los demás trabajos son coartadas encubridoras de la inacción; el proyectil humano que no para en

(6) Vol. II, pp. 190-242.

(7) Por cierto que Mairena critica estas ideas de su maestro llamándolas «rancias». En la interrelación Mairena-Martín el juego de perspectivas se hace muy rico, como si se tratase de una interminable galería de espejos (con alguno deformante). Una de estas perspectivas es la «vergüenza del discípulo», que de vez en cuando, por amor propio (o incluso por una necesidad dialéctica inmediata) se siente obligado a rechazar o criticar ideas de Abel Martín que, sin embargo, admite y sigue en la práctica. No es ajena a esta actitud la idiosincrasia andaluza, y más concretamente sevillana.

todo el día está ocultando su radical vagancia de lo humano profundo. Este pseudotrabajo es también una máscara, y la Escuela Popular de Sabiduría Superior, ya lo hemos dicho, es una lucha contra la máscara.

SUPUESTOS BASICOS DE LA ESCUELA

A estas dos ideas básicas de Abel Martín que acabamos de exponer hay que sumar, naturalmente, las aportaciones originales de Mairena. Estas son, fundamentalmente, cuatro.

1) Posible actitud receptiva del pueblo andaluz.—Mairena tiene una fe exacerbadamente patriótica en sus compatriotas. Piensa que los españoles mantienen intacta una reserva de espíritu que, como el agua de un oculto manantial, sólo espera la ocasión exterior para brotar. *Tenemos* —escribe— *un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría, en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu.* Y, dentro de España, es la cultura meridional, andaluza, la que mejor podría asimilar este tipo de enseñanza, porque en esa región *el hombre no se ha degradado todavía por el culto perverso al trabajo, quiero decir por el afán de adquirir, a cambio de la fatiga muscular, dinero para comprar placeres y satisfacciones materiales.* Esto, que escribe Mairena en 1896, es una anticipada crítica al demencial consumismo de nuestros días, consumismo o espejismo impuesto con habilidad y violencia por un capitalismo agonizante, pero que lucha aún a la desesperada para mantener sus privilegios a costa de la imbecilidad y primitivismo de los humanos. Según Mairena, pues, lo que nuestra sociedad critica de los andaluces —su escasa capacidad para las grandes empresas y organizaciones laborales y, como consecuencia, su secular pobreza y conformismo, su falta de ambición y su desdén por la prosperidad material,— es justamente su mayor virtud y su intacta reserva de sabiduría. Sobre esta veta virgen, no contaminada, ha de actuar la Escuela Popular de Sabiduría Superior.

2) ¿Qué enseñanzas básicas impartiría la Escuela?—Los breves textos que conservamos de Mairena no dejan lugar a dudas. Las disciplinas habituales serán suprimidas, o si acaso explicadas para revelar su profunda inexactitud. Lo que los posibles alumnos supieran antes de entrar en la Escuela no les sería tomado en cuenta, pues no les serviría absolutamente de nada. *Porque la finalidad de nuestra Escuela* —escribe Mairena—, *con sus dos cátedras fundamentales, como dos*

cuchillas de una misma tijera, a saber: la cátedra de Sofística y la de Metafísica, consistiría en revelar al pueblo, quiero decir al hombre de nuestra tierra, todo el radio de su posible actividad pensante, toda la enorme zona de su espíritu que puede ser iluminada y, consiguientemente, oscurecida; en enseñarle a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de su propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo. Reaparece aquí algún aspecto de la enseñanza socrática, que no necesita nunca apoyarse en ningún conocimiento específico, sino sólo en los naturales recursos reflexivos de cualquier ser humano. La división en dos disciplinas fundamentales —Sofística y Metafísica— es, sin duda, lo más original del proyecto y merece ser comentado. Para Mairena, la Sofística se ocuparía de roer, desmenuzar y triturar todo lo que constituye el arsenal de nuestras aparentes convicciones y seguridades (¡la máscara!). Esta trituración es al mismo tiempo trágica y cómica, o, si se quiere, grave e irónica. Sin un ágil sentido del humor —del humor grecoandaluz de Abel-Sócrates y de Mairena-Platón— no podría hacerse. Pero la gravedad reaparece cuando, tras de juguetear con las ideas y creaciones, Mairena se cuida muy mucho de tirarlas a la papelera como asunto liquidado por la paradoja, el chiste o el argumento retorcido. No. Aquello sigue allí, maltratado pero vivo, ridiculizado pero vigente. La ganancia —la gran ganancia— es la aparición de *lo otro*, de *la otra cosa*, de la nueva posibilidad, de la *esencial heterogeneidad*, en suma. Tal es el cometido —inmenso, abismal, peligroso y delicadísimo— de la cátedra de Sofística, que Mairena había decidido adjudicarse.

¿Y la cátedra de Metafísica, que Mairena reservaba para Abel Martín? En ella se explicaría, dice Mairena, *en forma de creencias últimas o de hipótesis inevitables, los conceptos que resisten a todas las teorías de una lógica implacable, de una lógica que, llegado el caso, no repare en el suicidio, en decretar su propia inania.* Ciertos núcleos o huesecillos imposibles ya de roer por la Sofística serían transferidos a la clase de Metafísica. Podemos, pues, imaginar qué tipo de problemas le estaban reservados especialmente en el proyecto mairénico al maestro Abel Martín: aquellas querencias rabiosamente hincadas en el alma humana (¿el amor?, ¿el ensueño?, ¿el miedo?), esos materiales de arrastre ancestrales que configuran pueblos y razas, y esos elementos primarios y primordiales de un contexto metafísico fatal e ineludible como los que hoy analiza y desmenuza García Bacca (el mundo como residencia, con su secuela de trabadísimos y reticulares datos).

3) ¿Cuál sería el aprendizaje de los alumnos?—Dice Mairena a sus discípulos: *Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada*

y que sólo me aplico a sacudir la inercia de vuestra almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes, como se ha dicho muy razonablemente, y yo diría mejor, a sembrar preocupaciones y prejuicios; quiero decir juicios y ocupaciones previos y antepuestos a toda ocupación zapatera y a todo juicio de pan llevar. Sin esfuerzo se reconoce aquí la concomitancia con otros dos grandes pedagogos coetáneos: con Miguel de Unamuno y con Arnold Schoenberg, de cuyas sorprendentes analogías con Mairena me he ocupado en otra ocasión (8). Los alumnos no saldrían de la Escuela con ningún conocimiento nuevo; si acaso saldrían dudando de todos sus anteriores conocimientos. Pero habrían ganado dos gigantescas perspectivas: la sofística, o posibilidad de que las cosas (ideas, creecias, querencias, nosotros mismos) puedan ser de otra manera, y la perspectiva metafísica, o arte de tomar en serio, profunda, poética y lógicamente, lo que de verdad debe tomarse en serio.

4) Por último, para ¿quién es la Escuela?—La Escuela es Popular. Esto es inequívoco. Ha de estar abierta a todos y al alcance de todos. Se rechaza explícitamente la *élite*, entre otras cosas porque no existe la *élite*. Ojo a esto, que es muy grave, como decía Mairena. *Yo no creo en la posibilidad de una suma de valores cualitativos, porque ella implica una previa homogeneización, que supone, a su vez, una descualificación de estos mismos valores.* En otro lugar escribe Mairena, con ágil talante artístico: *Por muchas vueltas que le doy no hallo manera de sumar individuos.* Sentada esta base, podemos entender rectamente otro texto mairénico que ha escandalizado a algunos fariseos: *Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa: al hombre en todos los sentidos de la palabra, al hombre «in genere» y al hombre individual, al hombre esencial y al hombre empíricamente dado en circunstancias de lugar y de tiempo, sin excluir al animal humano en sus relaciones con la naturaleza. Pero el hombre masa no existe para nosotros. Aunque el concepto de masa pueda aplicarse adecuadamente a cuanto alcanza volumen y materia, no sirve para ayudarnos a definir al hombre, porque esa noción fisicomatemática no contiene un átomo de humanidad. Perdonad que os diga cosas de tan marcada perogrullez. En nuestros días hay que decirlo todo.*

No existe la «minoría selecta». No existe la masa. Existe sólo, en cualquier caso, el individuo. A él va encaminada, única y exclusivamente, la enseñanza de la Escuela Popular de Sabiduría Superior.

---

(8) Véase mi prólogo a la traducción del «Tratado de Armonía» de Arnold Schoenberg, ed. Real Musical, Madrid, 1974.

Mairena buscó un local para su Escuela. Encontró uno, pequeño y desvencijado, cerca de la calle Sierpes. El propietario lo alquilaba barato, pero tenía la molesta pretensión de enterarse exactamente del uso a que se iba a destinar. Mairena era incapaz de disimular, y tuvo el valor de explicarle en qué consistía aquella Escuela de Sabiduría. Incluso le insinuó la conveniencia de que él mismo se matriculase. (La matrícula era gratuita.) El propietario se escandalizó de las para él extrañísimas condiciones de la Escuela.

Propietario.—Pero ¿no es una escuela primaria, para niños?

Mairena.—Es una Escuela Superior.

Propietario.—¿Para adultos?

Mairena.—Para que lleguen a ser verdaderos adultos, pero sin máscara.

Propietario.—¿Cómo sin máscara? ¿Es que va a ser esto un carnaval?

Mairena.—Cuando la gente se pone máscaras en carnaval es justamente cuando abandonan su máscara, y, aunque no sea más que externamente, pueden vislumbrar, por unas horas, lo que es la otredad.

Propietario.—¿La qué?

Mairena.—La otredad. Es el deseo que usted tendría, por ejemplo, de ser el director de la Escuela de Sabiduría y que yo fuese el propietario del local.

Propietario.—Querrá usted convencerme de que el local es suyo.

Mairena.—Es más mío que suyo porque yo lo necesito y usted no.

Propietario.—¡Qué gracioso!

Mairena, una vez apalabrado el local, tuvo la desdichada idea de hacer imprimir unas hojitas de propaganda. En ellas se las arregló para decir la mar de cosas que no podían sino espantar a los padres de los posibles alumnos. Uno de ellos, contertulio en el café, abordó a Mairena.

Contertulio.—Amigo Mairena, ¿qué es eso de *desaber?*

Mairena.—Olvidar lo sabido, olvidar lo mal sabido, dar marcha atrás en nuestros conocimientos equivocados y hacer posible así llegar a saber algo.

Contertulio.—O sea que mi niño va a su Escuela sabiéndose los ríos de Europa y usted se los hace olvidar.

Mairena.—Puede seguir recordándolos. Pero después de aprender que la lista de los ríos de Europa es una sandez.

Contertulio.—¿Qué le parece, don Cosme? El amigo Mairena va contra la cultura.

Don Cosme.—Pué zin curtura no ze va a ninguna parte.

Mairena.—Pero vamos a ver. ¿De qué le ha servido a usted saberse la lista de los ríos de Europa?

Contertulio.—Pues para tener cultura.

Mairena.—¿Cultura o curtura?

Don Cosme.—Curtura.

Mairena.—Es que no es lo mismo. La *curtura,* así, con *r,* será obligatoria en el examen de ingreso. Después dedicaremos un curso a transformación en *cultura,* con *l.* Y luego, en el segundo curso, se enseñará a los alumnos a olvidarla también.

Dos Cosme.—Es usted un guasa.

La preocupación de Mairena por la Poética como actividad creadora básica le llevó a contratar a Jorge Meneses como profesor. Meneses era un bohemio sevillano, mezcla de mecánico y de teórico, que había ideado lo que él llamaba *máquina de trovar,* un aparato —semejante a ciertas máquinas electrónicas actuales— que componía poemas muy sencillos en estilo popular andaluz. La máquina estaba inventada teóricamente, pero no construida, y el propio Meneses tenía sobre su construcción material ideas bastante confusas. Mairena sintió entonces un repentino e inexplicable entusiasmo por la mecánica y propuso a Meneses que construyera la máquina y que explicara en clase su funcionamiento práctico.

Meneses.—Para construir la máquina necesitaría dos mil pesetas.

Mairena.—¿No serán doscientas?

Meneses.—Dos mil, dos mil. ¿Usted sabe la de tornillos que lleva? Además, hay que contratar a un mecánico para que la monte, y no sé si sería mejor un ingeniero.

Mairena.—¿Y no le parece que el ingeniero ahuyentaría la poesía?

Meneses.—Se ve que usted no ha entendido el espíritu de mi máquina. Lo admirable que tiene —y perdone este autoelogio— es que se eleva, desde la región de la pura mecánica, a las alturas de la creación lírica. Actúa así igual que los poetas humanos, que de sus particularísimos e insignificantes amores y angustias se elevan a la poética generalización universal. Todo hombre es, en principio, una vil máquina de ingeniería; después puede llegar el milagro de la síntesis espiritual.

Mairena.—Pero las dos mil pesetas...

Meneses.—Podríamos dejarlas en mil quinientas, pero sufriría la

calidad del artefacto. El Ingeniero tendría que ser más modesto y económico, y los tornillitos de precio inferior. Seguramente las coplas resultantes serían menos poéticas, tendrían sílabas de más o de menos y la rima sería imperfecta. Claro que podríamos intentarlo, pero yo renuncio a toda responsabilidad sobre el asunto. Una mala máquina de trovar sería algo semejante a un poeta mediocre. ¿Vale la pena esforzarse en crear un poeta mediocre? Por mil pesetas, y sin máquina, yo mismo me comprometería a escribir las coplas necesarias durante diez años, y no saldrían peores que las de la máquina.

Mairena.—Pero el experimento...

Meneses.—Sería muy parecido. Yo sería la máquina. Con un poco de imaginación usted puede verme como máquina. Muy imperfecto, claro, pero podría esforzarme. Chirriaría un poco, pero es cuestión de poner aceite en los mecanismos.

Mairena.—¿Mil pesetas de aceite?

Meneses.—Por aceite se entiende alimentación, vestido, casa... ¿Le parece mucho precio?

Mairena.—No, amigo Meneses; no me parece mucho precio. Lo que me molesta un poco es pensar que la calidad de las coplas de la máquina dependa del precio.

Meneses.—Es que no depende más que hasta un cierto punto. La máquina, como todas las cosas del mundo, tiene un precio. Por debajo de él disminuye la calidad. Pero por encima no aumenta. Yo le he pedido dos mil pesetas. Si usted me da tres mil...

Mairena.—Eso no puedo ni soñarlo.

Meneses.—No se acalore. Si usted me dice tres mil, la máquina no mejoraría de calidad. Quizá incluso se pusiera en peligro su propio estilo y soltara coplas barrocas, que a usted le recitan tanto. No. La copla justa, popular, equilibrada, saldría con una máquina de dos mil pesetas. Un poeta bien alimentado no crea mejor poesía que uno mal alimentado. Ahora, eso sí: tiene que estar alimentado. Hay una medida justa que es inútil rebajar ni superar. ¿Conforme, amigo Mairena?

Mairena.—Conforme en buscar las dos mil pesetas.

En 1897 pasó por Sevilla Miguel de Unamuno. Mairena, que ya le admiraba, se las arregló para entrar en contacto con él. Los presentó un ateneísta sevillano llamado Porres, y mantuvieron una breve pero sustanciosa charla en un café.

Unamuno.—Así que usted, señor de Mairena, piensa redimir a España con su Escuela Superior de Sabiduría.

Mairena.—Escuela Popular de Sabiduría Superior. Lo superior es la sabiduría, no la escuela. Pero no trato de redimir nada, porque sus objetivos son modestos.

Unamuno.—La modestia no es una virtud.

Mairena.—Es que yo no soy modesto. Modesta es la Escuela. Luego, a los profesores se les permite todo género de pedantería.

Unamuno.—Hay que ser pedante; es la manera de que la gente se interese. ¿Y quién es ese Abel Martín de quien tanto me hablan?

Porres.—Ah, es un filósofo, un gran filósofo, como usted.

Unamuno.—Yo no soy filósofo. La filosofía es una ocupación para desocupados. Y yo estoy muy ocupado.

Mairena.—Abel Martín es profesor de filosofía. Ha escrito un libro: *Sobre la esencial heterogeneidad del ser.* Quizá usted, don Miguel, lo haya leído.

Unamuno.—No, no lo he leído. No me gusta leer filosofía, y menos en castellano.

Mairena.—Bueno, en realidad está escrito en andaluz.

Unamuno.—Ja, ja, qué gracia, en andaluz. Ahora sí que me apetece leerlo. ¿Y ese nombre, Abel Martín? Es escalofriante llamarse Abel, y detrás un apellido castellano. Pero Rodríguez, o Sánchez, quedaría mejor. Por ejemplo, Abel Sánchez. Porque se reúnen así el símbolo y lo informe, vulgar, corriente o fluyente. ¿Y qué cuenta Abel Sánchez en su libro?

Mairena.—Tiene mil ochocientas páginas. No es fácil de resumir. Además, el autor no quiere que le resuman.

Unamuno.—Es más difícil resumir o subsumir un libro que escribirlo. Y tiene razón Abel Sánchez en no querer que lo resuman, de la misma manera que a usted o a mí no nos haría maldita la gracia que los indios jíbaros nos redujeran o resumieran la cabeza. ¿Y cuándo empieza a funcionar esa Escuela?

Porres.—Yo creo que en seguida. Las fuerzas vivas de la ciudad...

Unamuno.—No me hable de fuerzas vivas. Esas fuerzas suelen ser más bien muertas, o por lo menos agonizantes. La única fuerza viva es el pueblo.

Mairena.—Algunos individuos del pueblo.

Unamuno.—Persevere usted, amigo Mañara. Su proyecto tiene sentido; eso es lo importante. Pero no se deje arrastrar demasiado por los filósofos, sean andaluces o no. Los filósofos somos una ralea contradictoria, y lo que usted necesita ahora es lo unívoco, no lo equívoco, y mucho menos lo multívoco.

MAIRENA DESISTE DEL PROYECTO

En 1898, Abel Martín viajó a Madrid para tomar parte, como vocal, en un tribunal de oposiciones a cátedras de Filosofía. A poco de llegar, su dolencia de hígado se agravó inesperadamente y falleció en el Hospital de San Carlos el 9 de noviembre. Mairena lo supo varios días después, y vagó, hosco, por los cafés sin hablar con nadie. En sus textos en prosa no hay ni una sola alusión a la muerte de su maestro; parece como si Mairena se negase a aceptar racionalmente la desaparición de Abel Martín. En cambio escribió varios poemas en los que la muerte del filósofo se presenta con una desesperada emoción. Mairena alude en ellos al campo, al cielo, a campanarios y a cigüeñas, a huertos y a callejas pueblerinas, como si Martín hubiera pasado sus últimas horas en alguna pequeña población andaluza, cuando sabemos bien que, en contra de su propia personalidad, hubo de morir en una sala impersonal y gris, en la ciudad del asfalto y de las muchedumbres indiferentes. Maquinillas malolientes empezaban a asfaltar la Puerta del Sol, dando nocturno asilo caliente a los pilletes. La tradicional irresponsabilidad española recibía con asombro el desastre de la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de las legendarias colonias. Era un mal momento. Pero ¿es que hay algún buen momento para morir? La prensa —con excepción de algunos periódicos andaluces— no mencionó el suceso.

Mairena mitificó a su maestro Abel-Sócrates. Como si continuara viviendo y explicando Metafísica, le endosaba todo problema insoluble. Pero la Escuela Popular de Sabiduría Superior era ya un imposible. *El maestro ideal había desaparecido y no volvería más.* El propietario del local apalabrado lo alquiló para una churrería, que funcionó, aceitosa y humeante, hasta 1916. Meneses, no sabemos bien por qué, se disgustó y se distanció de Mairena. En 1904, Unamuno volvió a Sevilla, pero Mairena le esquivó y no quiso verle. Quizá se sentía avergonzado por no haber podido llevar a término su empresa. Pero las fantasmales columnas dóricas del proyecto se elevan aún, altísimas, al trasluz del azul cielo sevillano.

RAMON BARCE

Divino Vallés, 27
MADRID